



DOSSIER SOBRE LA CRISIS GLOBAL

1 de mayo de 2009

Nº13

1. Informe del Banco Mundial sobre seguimiento mundial 2009	1
2. El impacto de China en el futuro de Asia y del mundo, por Xulio Ríos	14
3. La Declaración de la V Cumbre de las Américas, por Patrick Manning	20
4. Introducción de perspectivas de la economía mundial e informe sobre la estabilidad financiera mundial, por Olivier Blanchard & José Viñals	23
5. Developing Countries and the Global Crisis, por Joseph E. Stiglitz	27

1. INFORME DEL BANCO MUNDIAL SOBRE SEGUIMIENTO MUNDIAL 2009

La crisis financiera mundial, la más grave desde la Gran Depresión, se está convirtiendo rápidamente en una crisis humana y de desarrollo. La crisis se originó en el mundo desarrollado, pero se ha extendido rápida e inexorablemente al mundo en desarrollo, sin que ningún país se haya librado de ella. Es cada vez más evidente que ésta no será una crisis de corta duración. Los países pobres son especialmente vulnerables, ya que carecen de los recursos para responder con medidas paliativas. La crisis pone en grave peligro los progresos logrados con tanto esfuerzo en impulsar el crecimiento económico y avanzar en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Los pobres suelen ser los más afectados y los más desprotegidos. Para millones de esas personas, la crisis pone en peligro su propia supervivencia.

En las reuniones de alto nivel celebradas en 2008 al cumplirse la mitad del plazo para alcanzar los ODM, los líderes mundiales expresaron su profunda preocupación de que el mundo estaba quedando rezagado con respecto a la mayoría de los ODM y que las deficiencias eran especialmente graves en cuanto al desarrollo humano, e hicieron un llamado a la acción para intensificar los esfuerzos en pro del desarrollo. El Secretario General de las Naciones Unidas observó que “afrontamos una emergencia de desarrollo”, y el Primer Ministro del Reino Unido habló de una “emergencia mundial de pobreza”. Estas inquietudes se expresaron antes de que la crisis financiera se desencadenara en toda su magnitud. Si entonces existía una emergencia de desarrollo, sin duda existe una ahora. La crisis financiera amenaza con generar nuevos problemas y hace mucho más urgente tomar medidas al respecto.

Una crisis tras otra

Para los países pobres, ésta ha sido una crisis tras otra. Se ha producido justo después de las crisis de los alimentos y de los combustibles. El triple desafío de las crisis de los alimentos, los combustibles y los mercados financieros está empujando a muchos países pobres a una zona

de peligro, que impone un costo humano cada vez mayor y pone en riesgo las perspectivas de desarrollo.

Con la paralización de los mercados financieros internacionales en 2008, los países con mercados emergentes fueron los primeros países en desarrollo en sentir los efectos de la crisis financiera, por su dependencia de los flujos de capital privado. Estos flujos hacia el mundo en desarrollo registraron la mayor caída de la historia, previéndose que serán negativos en 2009 (una disminución de más de US\$700.000 millones respecto del volumen máximo, que se alcanzó en 2007). Muchos países de ingreso bajo también se ven afectados por la restricción de los créditos privados; los flujos privados hacia esos países, con inclusión de varios de África, que habían registrado un aumento en años recientes ahora están disminuyendo. Se prevé que esos países se verán afectados fuertemente sobre todo en 2009 con una segunda ronda de efectos de la recesión mundial y la disminución del comercio mundial: las proyecciones indican que en 2009 el producto interno bruto (PIB) mundial disminuirá por primera vez desde la segunda guerra mundial, y que el comercio mundial registrará la mayor baja del período de posguerra.

Los países de ingreso bajo se verán afectados por la reducción de los volúmenes de exportación, los precios de los productos básicos, las remesas, el turismo, la inversión extranjera directa y, posiblemente, hasta la asistencia externa. Estas perturbaciones, a su vez, afectarán los ingresos públicos, se sumarán al fuerte impacto fiscal negativo de las crisis de los alimentos y los combustibles en muchos países, y ejercerán aún más presión sobre los programas de gasto público. Además, si bien los sistemas financieros de los países de ingreso bajo están relativamente protegidos del contagio porque están menos expuestos a los mercados financieros internacionales, pueden verse afectados por la segunda ronda de efectos, a medida que la contracción económica haga que aumenten los préstamos riesgosos y limite la disponibilidad de financiamiento interno para las empresas.

Las repercusiones de la crisis financiera mundial en los países en desarrollo se reflejan en la marcada reducción del crecimiento proyectado del PIB a tasas que no se registraban desde los años noventa. El crecimiento medio proyectado del PIB de los países en desarrollo en 2009 es ahora apenas la cuarta parte, aproximadamente, de lo que se había previsto antes de que la conmoción financiera se intensificara hasta convertirse en una crisis total en la segunda mitad de 2008, y un quinto de la tasa que se logró en el período de fuerte crecimiento hasta el año 2007. Las proyecciones actuales para los países en desarrollo en su conjunto indican que el PIB caerá al 1,6% en 2009, en comparación con un promedio del 8,1% en el período de 2006-07. Se proyecta que el crecimiento en África al sur del Sahara disminuirá al 1,7% en 2009, frente al 6,7% en igual período. Con ello perderá impulso una reactivación del crecimiento muy promisorio que se venía registrando en años recientes en la región. Incluso estas proyecciones ya reducidas pueden experimentar fluctuaciones a la baja. Los más afectados son los países de Europa oriental y Asia central que afrontaron la crisis mundial con una situación macroeconómica más débil, ya que ahora se proyecta que el crecimiento medio de la región será negativo en 2009. En América Latina y el Caribe también se proyecta un crecimiento medio negativo en 2009. Las actuales proyecciones de crecimiento, que han sido ajustadas para tener en cuenta las modificaciones de la relación de intercambio, dan a entender que durante 2009 el ingreso real per cápita disminuirá en más de 50 países en desarrollo.

Repercusiones en la reducción de la pobreza y otros ODM

La marcada contracción del crecimiento puede retrasar gravemente los avances para reducir la pobreza y alcanzar otros ODM. El encarecimiento de los alimentos entre 2005 y 2008 arrastró a la extrema pobreza a unos 200 millones más de personas, y alrededor de la mitad de ellas no saldrán de esa situación en 2009, aun cuando los precios de los alimentos están disminuyendo. Si bien los precios de los alimentos han disminuido desde mediados de 2008, siguen muy altos en comparación con los niveles históricos y la crisis alimentaria decididamente no ha terminado. La desaceleración del crecimiento como consecuencia de la crisis financiera se sumará al impacto de los altos precios de los alimentos en la pobreza. Según las proyecciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en 2009 posiblemente unos 30 millones más de personas estarán desempleadas, de las cuales 23 millones podrían ser habitantes de países en desarrollo. Las previsiones más pesimistas indican que hasta 50 millones más de personas podrían quedar desempleadas en 2009. Las estimaciones del impacto de la desaceleración del crecimiento en la pobreza fluctúan entre 55 millones y 90 millones más de personas en situación de extrema pobreza en 2009 que las previsiones antes de la crisis. Estas cifras aumentarán si la crisis se agudiza y el crecimiento de los países en desarrollo continúa disminuyendo.

En África al sur del Sahara y Asia meridional, que registran elevadas tasas de pobreza, la desaceleración del crecimiento básicamente elimina las perspectivas que existían antes de la crisis de una reducción continuada del número de pobres en 2009. En efecto, es probable que el número de pobres en África al sur del Sahara aumente en 2009, y las economías más frágiles y de bajo crecimiento son las que corren mayor riesgo. Si bien, en promedio, las tasas de pobreza son mucho más bajas en Europa y Asia central y en América Latina y el Caribe, estas regiones también podrían registrar un aumento del número de pobres en 2009. En general, si se mantienen las actuales proyecciones de crecimiento, en 2009 el número de personas extremadamente pobres podría aumentar en más de la mitad de los países en desarrollo, y probablemente esta proporción sea aún mayor en los países de ingreso bajo y los países de África al sur del Sahara (dos terceras partes y tres cuartas partes, respectivamente).

La experiencia indica que el desplome del crecimiento tiene un costo para el desarrollo humano, que tiende a deteriorarse más rápidamente durante los períodos de desaceleración que lo que mejora durante los períodos de aceleración. En los países que sufrieron una contracción económica del 10% o más entre 1980 y 2004, murieron más de un millón de niños más. Se estima que la marcada reducción del crecimiento económico como consecuencia de la crisis financiera actual podría causar, en promedio, entre 200.000 y 400.000 más muertes infantiles al año entre 2009 y el año 2015, fijado como meta para alcanzar los ODM. Esto significa entre 1,4 millones y 2,8 millones más de muertes infantiles durante ese período. En los países pobres, los efectos directos en la educación, como la matrícula escolar, también tienden a deteriorarse durante las crisis económicas, especialmente en el caso de las niñas.

Las consecuencias a largo plazo de la crisis en el desarrollo humano pueden ser más graves que las observadas de manera inmediata. Por ejemplo, el deterioro del estado de salud de los niños que sufren por el menor consumo de alimentos (o el consumo de alimentos de inferior calidad) puede ser irreversible, pues retarda su crecimiento y su capacidad cognitiva y de aprendizaje. Las estimaciones indican que la crisis alimentaria ya ha hecho aumentar en 44 millones el número de personas que sufren daños permanentes provocados por la malnutrición. La crisis financiera exacerbará este impacto a medida que las familias pobres

reaccionen ante la disminución de sus ingresos reduciendo todavía más la cantidad y la calidad de los alimentos que consumen.

El panorama general con respecto a los ODM, que ya es motivo de gran preocupación, se ha tornado aún más difícil. El sólido crecimiento económico de los países en desarrollo en los últimos 10 años hacía pensar que el ODM relativo a la pobreza podría alcanzarse en todo el mundo, pero el triple golpe asestado por las crisis de los alimentos, los combustibles y los mercados financieros crea nuevos riesgos. Para el mediano plazo se sigue esperando una disminución de la proporción de personas en situación de pobreza extrema en el mundo en desarrollo, pero a un ritmo menor que el que se había previsto antes de la crisis, debido a la desaceleración del crecimiento económico.

La crisis de los alimentos, y ahora la crisis financiera mundial, están revirtiendo los progresos en la lucha contra el hambre y la malnutrición. Antes de que estallara la crisis de los alimentos en 2007, había en el mundo en desarrollo unos 850 millones de personas que padecían hambre crónica. Esa cifra aumentó a 960 millones en 2008 y se espera que sobrepase los 1.000 millones en 2009. Eso interrumpirá la tendencia descendente de la proporción de personas que padecen hambre en el mundo en desarrollo y pondrá en grave peligro la meta de reducir a la mitad esa proporción para el año 2015. Frente a estas tendencias es necesario seguir impulsando la inversión y la productividad agrícolas, como se ha estado haciendo recientemente.

Se ha avanzado relativamente bien con respecto al objetivo de la paridad de género en la educación primaria y secundaria, y se espera alcanzarlo a nivel mundial. Sin embargo, las perspectivas de la paridad de género en la educación terciaria y otras metas que dan autonomía a las mujeres —como una mayor participación de mujeres en puestos de trabajo remunerados en los sectores no agrícolas— son menos prometedoras. Los objetivos relacionados con el género enfrentan riesgos adicionales, ya que los datos disponibles de crisis pasadas indican que las mujeres, en general, son más vulnerables a sus efectos. Por esta razón se hace más necesario tener en cuenta los aspectos relativos al género en las medidas de respuesta.

Las mayores inquietudes se refieren a los objetivos de desarrollo humano. Según las tendencias actuales, es improbable que se pueda alcanzar la mayoría de los ODM sobre desarrollo humano a nivel mundial. A pesar de las importantes mejoras de las tasas de matrícula en la escuela primaria y de las tasas de terminación de ese ciclo de enseñanza, es probable que a nivel mundial no se alcance el objetivo de la terminación universal del ciclo de educación primaria, pero no habrá faltado mucho para conseguirlo. Las peores perspectivas son en el sector de salud. Es probable que haya grandes dificultades para reducir la mortalidad materna e infantil. Se han logrado algunos avances alentadores en detener y comenzar a revertir la propagación de importantes enfermedades transmisibles, como el VIH/SIDA y el paludismo, pero para poder alcanzar los ODM hay que avanzar con más rapidez. También es probable que haya graves problemas para mejorar el acceso a instalaciones básicas de saneamiento, aunque por otro lado se han hecho mayores progresos con respecto al objetivo conexo de mejorar el acceso a agua potable.

A nivel regional, África al sur del Sahara se encuentra a la zaga en todos los ODM, incluido el de reducir la pobreza. Asia meridional está en la misma situación con respecto a la mayoría de los ODM sobre desarrollo humano, y es probable que a duras penas consiga el objetivo de reducir la pobreza. A nivel nacional, la mayoría de los países no conseguirá gran parte de los ODM. Los países de ingreso mediano son los que han avanzado más rápido para alcanzar los ODM. Muchos de estos países, sin embargo, continúan teniendo una gran concentración de

pobreza y afrontan graves problemas para lograr los objetivos de desarrollo humano no vinculados a los ingresos. Los progresos generales para alcanzar los ODM han sido menores en los países de ingreso bajo, y en este grupo los resultados también varían considerablemente de un país a otro. Los avances más lentos se han producido en los Estados frágiles. Agobiados por conflictos e impedidos por su falta de capacidad y su débil gestión de gobierno, los Estados frágiles se encuentran en una difícil situación política y de gobierno que no les permite suministrar eficazmente financiamiento y servicios en pro del desarrollo.

Al cumplirse la mitad del plazo para alcanzar los ODM, unos 75 millones de niños en edad de asistir a la escuela primaria todavía no lo hacían; 190.000 niños menores de cinco años morían semanalmente a causa de enfermedades prevenibles; 10.000 mujeres morían cada semana por complicaciones del embarazo que pueden tratarse; anualmente más de 2 millones de personas morían de SIDA, casi 2 millones, de tuberculosis y alrededor de un millón, de paludismo; aproximadamente 1.000 millones padecían hambre y el doble estaban desnutridas, y alrededor de la mitad del mundo en desarrollo carecía de acceso a instalaciones básicas de saneamiento. Todas éstas son cifras poco auspiciosas que serían muy inferiores si se avanzara conforme a lo previsto en la consecución de los ODM. El mundo puede y debería lograr mejores resultados. Para acelerar los progresos se requiere el compromiso de todos a fin de llevar adelante este programa de desarrollo con mayor energía y sentido de urgencia.

Una emergencia de desarrollo

Las crisis mundiales deben afrontarse con una respuesta a nivel mundial. Es comprensible que en un comienzo gran parte de la atención se concentrara en las repercusiones de la crisis y las medidas de respuesta en los países desarrollados y en los principales países con mercados emergentes que están estrechamente integrados en los mercados financieros internacionales. Pero a medida que la crisis ha ido atrapando a otros países de ingreso más bajo, se ha convertido en un problema verdaderamente mundial. Ahora no cabe duda de que su impacto en estos países y los graves riesgos que plantea para las perspectivas de desarrollo deben encararse como parte de una respuesta global. El desafío para la comunidad internacional consiste en superar la crisis financiera mundial y responder frente al agravamiento de la crisis humana y de desarrollo en los países pobres.

La emergencia de desarrollo que atraviesan muchos países pobres exige llevar adelante un conjunto de medidas que señalen la firme determinación de evitar los enormes costos humanos que puede tener la crisis y ayuden a esos países a sentar las bases de una recuperación con un sólido crecimiento y progresos acelerados para conseguir los ODM. Es mucho lo que está en juego y urge tomar medidas al respecto.

En la cumbre celebrada el 2 de abril de 2009 en Londres, los líderes del Grupo de los Veinte (G-20) hicieron importantes progresos para coordinar la respuesta internacional ante la crisis. Los resultados de la cumbre mostraron que existe gran preocupación por la profunda dimensión de desarrollo que presenta la crisis. Los acuerdos alcanzados han sentado una base sólida para seguir avanzando. Otras reuniones importantes que se realizarán seguidamente — las reuniones de primavera del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Conferencia Internacional de las Naciones Unidas sobre la crisis financiera mundial y sus repercusiones en el desarrollo, y la cumbre del G-8— pueden aprovechar los progresos realizados en la cumbre del G-20 para elaborar un programa más completo y dar impulso a la aplicación de las medidas.

La crisis hace necesario reafirmar el compromiso de todos frente a la promesa de los

ODM, en el espíritu de la cooperación internacional que dio origen a dichos ODM en el cambio de siglo y al marco de Monterrey sobre la responsabilidad mutua de los países en desarrollo y los países desarrollados de alcanzar esos objetivos. Por lo tanto, es pertinente que los líderes del G-20 declararan en el comunicado de la cumbre de Londres que “reafirmamos nuestro compromiso histórico de alcanzar los objetivos de desarrollo del milenio”. En el contexto actual, la cooperación internacional para el desarrollo es más necesaria que nunca.

Esferas de acción prioritarias

La crisis se originó en los mercados financieros de los países desarrollados, por lo que la primera orden del día es estabilizar esos mercados y contrarrestar la recesión que han desencadenado las perturbaciones financieras. Para ello se requieren medidas oportunas, adecuadas y coordinadas por parte de los países desarrollados a fin de devolver la confianza en el sistema financiero y reanudar el flujo de crédito, y reactivar la demanda. Estos países han adoptado importantes decisiones en ambos frentes, con medidas de estímulo fiscal y para rehabilitar el sector financiero. El desafío ahora es asegurar que las medidas estén a la altura de la magnitud y profundidad de la crisis y se coordinen debidamente a nivel internacional. También se deben tomar medidas para eliminar las deficiencias de la regulación y supervisión del sector financiero que la crisis ha puesto de manifiesto, y establecer una base más sólida para garantizar la estabilidad en un mundo de mercados financieros globalizados.

Al mismo tiempo, se necesitan medidas enérgicas y urgentes para contrarrestar el impacto de la crisis mundial en los países pobres y ayudarlos a reanudar el crecimiento sobre una base sólida y a recuperar el terreno perdido con respecto a los ODM. En el informe se señalan seis esferas de acción prioritarias (Recuadro 1).

Recuadro 1

Respuesta ante la emergencia de desarrollo: esferas de acción prioritarias

- Asegurar una respuesta fiscal adecuada para promover el crecimiento económico y proteger de las repercusiones de la crisis a los segmentos pobres y vulnerables de la población, manteniendo al mismo tiempo la estabilidad macroeconómica
- Respaldar el sector privado y mejorar las condiciones para la recuperación y el crecimiento en el ámbito de las inversiones privadas, prestando especial atención, entre otras cosas, al fortalecimiento de los sistemas financieros
- Redoblar los esfuerzos para alcanzar los objetivos sobre desarrollo humano, promoviendo, entre otras cosas, la función del sector privado
- Aumentar la ayuda a los países pobres y vulnerables gravemente afectados por la crisis
- Mantener un sistema comercial y financiero abierto, con inclusión de medidas rápidas vinculadas a la ronda de Doha
- Asegurar que el sistema multilateral tenga el mandato, los recursos e instrumentos necesarios para apoyar una respuesta mundial eficaz frente a la crisis

Asegurar una respuesta fiscal adecuada

La desaceleración mundial del crecimiento hace necesario un estímulo fiscal en todo el mundo. Los países en desarrollo cuya posición fiscal y externa es sólida deberían utilizar el espacio que tienen para proceder a un estímulo fiscal. Sin embargo, la mayoría de los países en desarrollo que enfrentan una marcada disminución del crecimiento y, en consecuencia,

importantes perturbaciones sociales, carecen de los recursos para elaborar una respuesta fiscal, y de hecho su espacio fiscal se reduce aún más a medida que disminuyen sus ingresos públicos y se agota el financiamiento externo. Muchos no sólo no pueden llevar adelante un programa de ese tipo, sino que además pueden verse obligados a recortar importantes gastos en infraestructura y programas sociales. El suministro de financiamiento adicional en condiciones adecuadas los ayudaría a promover el crecimiento y a proteger a los grupos pobres y vulnerables de las repercusiones de la crisis. Posibilitar una respuesta fiscal adecuada en los países en desarrollo sería positivo para todos. Si se dispusiera de financiamiento, muchos de estos países tienen oportunidades de realizar inversiones de alto rendimiento que eliminen obstáculos para el crecimiento; además, tienen una gestión económica eficaz y la capacidad institucional para aumentar el gasto, lo que sería favorable para su crecimiento futuro y contribuiría a la demanda mundial y, por lo tanto, a la recuperación en los países desarrollados. En consecuencia, el alivio de las restricciones fiscales que enfrentan los países en desarrollo debería ser uno de los elementos de la ecuación para elaborar una respuesta fiscal coordinada frente a la crisis mundial.

Se ha determinado que hasta el 90% de los países en desarrollo están muy expuestos o moderadamente expuestos al impacto de la crisis, ya que experimentan una desaceleración del crecimiento o elevados niveles de pobreza, o ambos. El 75% de esos países no tienen la capacidad financiera para financiar programas que permitan frenar los efectos de estos cambios desfavorables. Los países de ese grupo que exhiben una buena gestión macroeconómica y tienen una capacidad institucional adecuada deberían recibir ayuda financiera para mejorar su espacio fiscal y poder responder ante la crisis. Gracias a los esfuerzos que han realizado en los últimos 10 años para mejorar la función de gobierno y las políticas macroeconómicas, actualmente al menos la mitad de los países en desarrollo presentan condiciones macroeconómicas adecuadas (teniendo en cuenta la sostenibilidad fiscal y externa) y poseen la capacidad institucional necesaria para permitir cierta expansión fiscal, si dispusieran de financiamiento en condiciones apropiadas. En lo que respecta a cada país por separado, la respuesta fiscal deberá adecuarse, evidentemente, a las circunstancias de cada uno de ellos.

Los países también deben aprovechar las posibilidades de movilizar recursos internos. La crisis exige concentrar aún más el gasto en las prioridades básicas: infraestructura que fomente el crecimiento, inversiones clave en capital humano y redes de protección social. Los proyectos de inversión en nuevos gastos deben escogerse cuidadosamente para eliminar los principales obstáculos para el crecimiento y lograr el máximo impacto en el desarrollo. Se debe velar por que el gasto en redes de protección social beneficie a los grupos previstos, por ejemplo, a través de programas de transferencias monetarias condicionadas para los hogares pobres, ayuda laboral, asistencia materno-infantil y alimentación escolar.

Respaldar al sector privado

El crecimiento económico es fundamental para reducir la pobreza y lograr los ODM en mayor escala. Un sector privado dinámico es esencial para el crecimiento económico y la creación de empleo. El estímulo fiscal favorecerá un crecimiento económico sostenido únicamente si existe una respuesta enérgica del sector privado. Éste, a su vez sólo se reactivará si las condiciones son propicias. El acceso al financiamiento y a infraestructura, y la calidad de la reglamentación para la actividad empresarial son tres factores determinantes fundamentales de las condiciones adecuadas para el funcionamiento del sector privado.

Frente a la actual restricción del crédito, urge particularmente reforzar el acceso del sector privado al financiamiento para el comercio y las inversiones, que ha sufrido una fuerte contracción. Los gobiernos, en colaboración con los asociados en el desarrollo, deben actuar con rapidez en esta esfera, poniendo especial atención al acceso al financiamiento de las pequeñas y medianas empresas, que son fundamentales para la creación de empleo y que se encuentran especialmente urgidas por la restricción crediticia. Al mismo tiempo, la crisis ha subrayado la importancia de introducir reformas más amplias para sanear y dar mayor estabilidad al sistema financiero, como por ejemplo, mejorar la regulación y supervisión financieras. Algunos países probablemente se verán en la necesidad de recapitalizar algunas instituciones financieras en dificultades y deben prepararse con tiempo para ello.

Los problemas más urgentes con respecto a la creación de infraestructura en las circunstancias actuales también guardan relación con el financiamiento, ya que tanto los gobiernos como los inversionistas privados afrontan mayores restricciones financieras. Las instituciones financieras multilaterales deberán intensificar su apoyo; en lo inmediato, deberán respaldar proyectos de asociaciones público-privadas, que se encuentran en curso y son viables pero que atraviesan problemas financieros. Sin embargo, contar con más financiamiento es sólo una parte de lo que se necesita para enfrentar el desafío a más largo plazo que plantea la infraestructura en los países en desarrollo. Por ejemplo, se estima que África al sur del Sahara podría reducir en más de 45% su déficit de financiamiento para infraestructura, que actualmente asciende a unos US\$40.000 millones al año, mediante una mejor gestión de las inversiones, la reducción de las ineficiencias en las operaciones y mayor eficacia en la recuperación de costos.

Además, incluso en condiciones financieras difíciles, los países que introduzcan reformas al marco regulatorio e institucional de las asociaciones público-privadas en el ámbito de la infraestructura pueden esperar atraer más inversión privada, y con ello aumentar la eficacia en términos de desarrollo. Las inversiones en infraestructura caracterizada por la eficiencia en el uso de la energía tienen la doble ventaja de contribuir a la recuperación económica y al crecimiento, y mitigar el cambio climático. En adelante, los mercados de carbono pueden adquirir mayor importancia para movilizar financiamiento privado en apoyo de inversiones que promuevan la sostenibilidad ambiental.

Según los indicadores de Doing Business y los resultados de las encuestas a empresas que realiza el Grupo del Banco Mundial, en los países en desarrollo se han introducido importantes reformas para mejorar la reglamentación de la actividad privada. Sin embargo, los progresos no han sido parejos y hay mucho margen para seguir mejorando. La crisis ha reforzado las conclusiones de los trabajos de investigación en el sentido de que el objetivo debería ser mejorar, y no necesariamente reducir, la reglamentación. Al simplificar las regulaciones para que sean más eficientes y racionales se debe asegurar que se protejan debidamente los intereses públicos. La crisis ha puesto de relieve la importancia de una adecuada fiscalización de la normativa.

Las investigaciones también concluyen que existe una complementación entre las reformas de la reglamentación y las mejoras más generales en materia de buen gobierno. Las reformas normativas producen un mayor impacto cuando el entorno institucional es más favorable. La falta de capacidad institucional para exigir el cumplimiento de la reglamentación le resta eficacia y credibilidad al marco normativo. En muchos países, las empresas manifiestan que la corrupción es un gran obstáculo para la actividad empresarial. Por lo tanto, el buen gobierno y

la existencia de instituciones sólidas son importantes para crear condiciones propicias para la actividad privada y, en general, para la eficacia en términos de desarrollo.

Redoblar los esfuerzos para alcanzar los objetivos sobre desarrollo humano

Es necesario avanzar más rápido con respecto a los objetivos de desarrollo humano. La crisis hace más urgente reforzar los programas esenciales de salud y educación, como la lucha contra enfermedades importantes (por ejemplo, el VIH/SIDA y el paludismo), el mejoramiento de los sistemas de salud y la iniciativa de Vía Rápida de Educación para Todos. Asimismo, plantea urgentes desafíos inmediatos, al exigir especial atención en programas y servicios sociales para proteger los hogares pobres y vulnerables de los posibles y graves efectos en las personas, como el aumento de la mortalidad infantil. Esto supone dar una alta prioridad a los programas de nutrición y atención primaria de la salud en las zonas rurales y en los barrios pobres de las zonas urbanas, con especial atención a las necesidades en materia de género. El refuerzo de las redes de protección social producirá un alivio inmediato, pero si ello se hace conjuntamente con una mejora de los servicios esenciales de salud y educación, también ayudará a salvaguardar los resultados en esos dos sectores en el mediano plazo. Para financiar esas necesidades hará falta más apoyo de los donantes, pero los países también deberán crear espacio fiscal, lo que exigirá recortar los gastos de menor prioridad y aumentar la eficiencia de los programas existentes.

La crisis también hace necesario promover más la función del sector privado en el ámbito del desarrollo humano. Los gobiernos desempeñan un papel fundamental en financiar y prestar servicios de desarrollo humano, pero el sector privado (instituciones con y sin fines de lucro) cumple una función cada vez más significativa. Por ejemplo, en muchos países en desarrollo, la mitad del gasto en salud proviene de fuentes privadas. Encuestas recientes realizadas en África al sur del Sahara y Asia meridional revelan que más de la mitad de los servicios de salud materna, reproductiva e infantil relacionados con los ODM son suministrados por proveedores privados. En Asia meridional, el porcentaje de matrícula en establecimientos privados de educación primaria y secundaria es de alrededor del 30% en promedio. La magnitud del desafío que representan los ODM exige movilizar recursos de todas las procedencias, y existen muchas posibilidades de una mayor contribución del sector privado, no sólo en términos de más recursos sino también de innovación, flexibilidad y mejora de la calidad. Hay ejemplos satisfactorios de diferentes combinaciones de asociaciones gubernamentales y privadas en la prestación de servicios y su financiamiento, y los países pueden estudiar las alternativas más adecuadas a sus circunstancias. Para trabajar de manera eficaz con el sector privado, los gobiernos deben desarrollar las capacidades necesarias de regulación y fiscalización, utilizar incentivos con sensatez, y mejorar los mecanismos de gobierno y rendición de cuentas.

También se deben aprovechar eficazmente las mayores posibilidades de obtener financiamiento privado internacional (de organizaciones no gubernamentales, fundaciones y corporaciones) para promover el desarrollo humano en los países pobres, así como las innovaciones con respecto a las modalidades y mecanismos para la prestación de los servicios. Entre los ejemplos importantes de contribuciones privadas cabe mencionar los cuantiosos aportes de la Fundación de Bill y Melinda Gates a la Alianza Mundial para Vacunas e Inmunización y al Fondo Mundial de lucha contra el SIDA, la Tuberculosis y la Malaria. El mecanismo de garantía de mercado es una manera innovadora de movilizar financiamiento de corporaciones para promover tratamientos para enfermedades en los países pobres.

Aumentar la ayuda a los países pobres

En las circunstancias actuales, es preciso insistir enfáticamente en la urgencia de que los donantes cumplan sus compromisos de ayuda. La asistencia oficial para el desarrollo (AOD) de los miembros del Comité de Asistencia para el Desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (CAD-OCDE) aumentó alrededor del 10% en términos reales en 2008. Éste es un hecho encomiable, tras la disminución de dicha asistencia en 2006 y 2007. En términos reales, en 2008 faltaron unos US\$29.000 para cumplir la meta de AOD proveniente de los donantes miembros del CAD establecida en Gleneagles, de US\$130.000 millones al año para 2010. Con respecto a la AOD para África al sur del Sahara, faltaron unos US\$20.000 millones para cumplir la meta de US\$50.000 millones al año para 2010. Los donantes deberían intensificar rápidamente sus esfuerzos para cumplir estos compromisos. Si bien la crisis ha complicado más la posición fiscal de los donantes, los volúmenes adicionales que se necesitan para cumplir los compromisos fijados en Gleneagles representan una fracción del apoyo que han suministrado para rescatar las instituciones financieras en sus propios países y una proporción minúscula de las medidas de estímulo fiscal que han anunciado.

En efecto, la crisis exige ir más allá de los compromisos asumidos en Gleneagles dado que las necesidades de los países pobres han aumentado considerablemente. Una opción para movilizar apoyo adicional es la propuesta del presidente Zoellick del Banco Mundial de que los países desarrollados inviertan el 0,7% de sus medidas de estímulo, es decir, unos US\$15.000 millones según los paquetes anunciados hasta la fecha, en un fondo contra la vulnerabilidad para ir en ayuda de los países en desarrollo. El fondo financiaría tres prioridades de respuesta frente a la crisis en países en desarrollo que carezcan de recursos para actuar por sus propios medios: reforzar las redes de protección social, financiar inversiones en infraestructura básica, y suministrar financiamiento a pequeñas y medianas empresas y a instituciones microfinancieras. Los recursos se encauzarían a través de organismos multilaterales y bilaterales, en programas respaldados por salvaguardias, a fin de asegurar que se utilicen en forma adecuada.

A medida que los donantes aceleran el paso para proporcionar la ayuda, también se deberían agilizar los progresos respecto del Plan de Acción de Accra para mejorar la eficacia de la ayuda: mejor compaginación y armonización de la ayuda, mayor previsibilidad de la ayuda y entrega oportuna de ésta, y mayor énfasis en la obtención de resultados. Aumentar la eficacia del uso de los recursos es aún más importante en épocas de crisis y restricciones presupuestarias. Además, a medida que el panorama de la ayuda cambia como resultado de la función más prominente tanto de los donantes no pertenecientes al CAD como de las fuentes privadas de asistencia y de una mayor variedad de modalidades de ayuda, los mecanismos para su coordinación deberán incluir una gama más amplia de asociados en el desarrollo.

La ayuda de fuentes privadas ha pasado a ser un elemento cada vez más importante del financiamiento para el desarrollo. La OCDE ha estimado que los aportes internacionales de fuentes privadas llegaron a US\$18.600 millones en 2007, pero la opinión general es que esta cifra es en realidad más alta. Según otras estimaciones, los aportes internacionales privados provenientes tan sólo de los Estados Unidos totalizaron US\$34.800 millones en 2006. Las fuentes de aportes privados son diversas: fundaciones, corporaciones y organizaciones de la sociedad civil de diversos tipos. La importancia creciente de la asistencia privada ha dado origen a asociaciones público-privadas innovadoras relacionadas con el desarrollo, especialmente actividades en el ámbito de la salud, la educación y el cambio climático. Existe

cierta preocupación de que la crisis financiera pudiera interrumpir la tendencia ascendente que muestra la ayuda privada. No obstante, ésta representa una fuente que, si se utiliza con eficacia, puede ser un complemento importante de la asistencia proveniente de fuentes públicas y contribuir al proceso de desarrollo.

Mantener un sistema comercial y financiero abierto

Es de vital importancia mantener la apertura comercial y resistir el reciente aumento de las presiones proteccionistas. Las crisis de los alimentos, los combustibles y los mercados financieros han sometido a grandes presiones al sistema de comercio mundial. A principios de 2008, la fuerte alza de los precios de los alimentos dio lugar a algunas respuestas muy perjudiciales en materia de políticas comerciales, que incluyeron impuestos al comercio, cuotas e incluso prohibiciones de exportación. Los riesgos de proteccionismo se han intensificado con la crisis financiera a medida que la actividad económica se desploma y el desempleo aumenta. Varios países han levantado obstáculos en la frontera o subsidiado sectores que compiten por exportaciones o importaciones, como el sector automotor y siderúrgico, y han aumentado las políticas que promueven la compra de artículos nacionales. Tales respuestas retrasan las correcciones necesarias del mercado, distorsionan el comercio y crean el riesgo de represalias. El mundo no puede permitir que se adopten políticas competitivas de egoísmo nacional que sólo agudizarían la baja repentina del comercio mundial y limitarían las perspectivas de recuperación económica de todos los países.

En la cumbre de Londres, los líderes del G-20 reafirmaron su compromiso de abstenerse de levantar nuevos obstáculos para la inversión o el comercio de bienes y servicios, imponer nuevas restricciones a las exportaciones o poner en práctica medidas incongruentes con las de la Organización Mundial del Comercio (OMC) para estimular las exportaciones, y acordaron rectificar sin demora cualquier medida de esa naturaleza. Este compromiso debe mantenerse con firmeza, a diferencia de un compromiso similar asumido por los líderes del G-20 en la cumbre celebrada en la ciudad de Washington en noviembre de 2008, que no fue cumplido por la mayoría de los miembros de dicho grupo.

La crisis hace más urgente impulsar la cooperación multilateral en el comercio. Una conclusión rápida y satisfactoria de la ronda de Doha de negociaciones comerciales ayudaría a reducir las presiones proteccionistas, a mantener abiertos los mercados y a robustecer el sistema multilateral de comercio reglamentario. Además, contribuiría a recuperar la confianza en la economía mundial, que tanta falta hace en una época de grandes tensiones e incertidumbre.

El comercio ha sido una poderosa fuerza para promover el crecimiento y reducir la pobreza y, a su vez, para avanzar en la consecución de los ODM en los países en desarrollo. Mantener y mejorar el acceso de esos países a los mercados internacionales es, por lo tanto, un aspecto fundamental de las políticas de desarrollo. Una medida complementaria que reviste prioridad es intensificar el apoyo a la facilitación del comercio a fin de afrontar las restricciones internas al comercio: mejorar la infraestructura, las finanzas, la regulación y los aspectos logísticos relacionados con el comercio, como los servicios de aduana y la exigencia del cumplimiento de las normas establecidas. Para poder aprovechar las oportunidades que ofrece el comercio, los países en desarrollo deben aumentar su competitividad mediante la reducción de los elevados costos del comercio asociados con los obstáculos internos. La facilidad del transporte internacional de mercancías se ha convertido cada vez más en un importante factor determinante de la competitividad en los mercados globalizados. Las investigaciones muestran

que en muchos países de ingreso bajo la facilitación del comercio puede llegar a ser al menos tan importante como una mayor reducción de los aranceles para impulsar el comercio.

Para apoyar la facilitación del comercio, se debería aumentar considerablemente la asistencia destinada a ese sector. Si bien, en general, la asistencia para el comercio registró un aumento, aquélla proveniente de fuentes bilaterales disminuyó en 2007. Una proporción mayor de dicha ayuda debe dirigirse a países de ingreso bajo y a los países menos adelantados, que actualmente reciben sólo alrededor de la mitad o un cuarto del total de la ayuda, respectivamente.

Es igualmente importante mantener la apertura del sistema financiero internacional. La opinión general es que las intervenciones del Estado en los sistemas financieros de los países adelantados pueden traer aparejadas presiones sobre las instituciones financieras para restringir el financiamiento más allá de las fronteras. Es preciso resistirse a este tipo de mercantilismo financiero. Éste perjudicaría particularmente los flujos financieros hacia los países en desarrollo, que ya están sometidos a mayores presiones como resultado del contagio financiero y del posible efecto de desplazamiento de la actividad privada que podrían producir las condiciones crediticias tanto más estrictas que están imponiendo los gobiernos de los países adelantados.

La comunidad internacional ha reconocido la importancia de afrontar la restricción del financiamiento para el comercio en forma coordinada. En la cumbre de Londres, los líderes del G-20 convinieron en asegurar que, en los próximos dos años, se dispusiera de por lo menos US\$250.000 millones para financiamiento del comercio a través de sus organismos de inversión y de crédito a la exportación, y de los bancos multilaterales de desarrollo (BMD), con inclusión de hasta US\$50.000 millones en los próximos tres años a través del nuevo Programa de liquidez para el comercio mundial, establecido por la Corporación Financiera Internacional (IFC).

Dotar a las instituciones multilaterales de los medios necesarios

Las instituciones financieras internacionales (IFI) cumplen una función crítica para respaldar una respuesta eficaz ante la crisis mundial y la emergencia de desarrollo que atraviesan muchos países pobres. Son esenciales para elaborar una respuesta internacional coordinada frente a una crisis mundial. Dos son las prioridades fundamentales: i) atender las necesidades muchísimo mayores que tienen los países en desarrollo de financiamiento de la balanza de pagos y de apoyo presupuestario para sufragar gastos públicos de importancia crítica, como los programas de protección social e inversiones esenciales en infraestructura, y ii) apuntalar al sector privado de esos países brindando apoyo para el financiamiento del comercio, la recapitalización de los bancos y el suministro de financiamiento a la pequeña y mediana empresa. Las IFI están respondiendo con más financiamiento, y con mecanismos y procesos diseñados para acelerar las medidas de respuesta, que incluyen mecanismos centrados especialmente en apoyar a los grupos pobres y vulnerables, como el Mecanismo de financiamiento para países vulnerables, del Banco Mundial. Sin embargo, requerirán más recursos para satisfacer las necesidades.

Las IFI enfrentan un aumento sin precedentes de la demanda de financiamiento. Con la abrupta disminución de los flujos de capital privado, las estimaciones del déficit de financiamiento de los países en desarrollo en 2009 son de hasta US\$1 billón. Las IFI deberán ayudar a reducir ese déficit, por ejemplo, recurriendo a su capacidad de movilización de fondos para contribuir a reanudar los flujos de capital privado. En este sentido, en la cumbre

de Londres los líderes del G-20 actuaron sin demora y acordaron respaldar un importante aumento de los recursos puestos a disposición del FMI y los BMD.

Los líderes del G-20 convinieron en que se triplicaran los recursos a disposición del FMI (a US\$750.000 millones). Apoyaron asimismo una asignación general de derechos especiales de giro (DEG) equivalente a US\$250.000 millones para aumentar la liquidez mundial, de los cuales US\$100.000 irán directamente a países en desarrollo y con mercados emergentes (US\$19.000 millones a países de ingreso bajo). El FMI ha actuado rápidamente para fortalecer el marco para las operaciones crediticias: ha creado una nueva línea de crédito flexible para suministrar financiamiento inicial y en gran volumen a economías con mercados emergentes que aplican políticas y principios sólidos, ha aumentado la flexibilidad de los acuerdos de derechos de giro, ha aumentado al doble los límites de acceso para los países con mercados emergentes y países de ingreso bajo, y ha reformado la condicionalidad para hacerla más específica y adaptarla mejor a las circunstancias de cada país. El FMI planea aumentar el financiamiento a los países de ingreso bajo a alrededor de US\$3.000 millones al año en los próximos dos años, es decir, tres veces el volumen del ejercicio anterior.

Los líderes del G-20 también respaldaron un aumento de US\$100.000 millones del financiamiento que conceden los BMD, para llegar a un total de, aproximadamente, US\$300.000 millones en los próximos tres años, y estuvieron de acuerdo en asegurar que todos los BMD cuenten con suficiente capital. Apoyaron un aumento general del capital del 200% para el Banco Asiático de Desarrollo (BAsD) y la realización de estudios de las necesidades de aumento del capital de varios otros BMD. También estuvieron de acuerdo en respaldar, a través de contribuciones bilaterales voluntarias, el Marco para hacer frente a la vulnerabilidad elaborado por el Banco Mundial, que comprende el Mecanismo de financiamiento de la infraestructura afectada por la crisis y el Fondo de respuestas sociales rápidas. Los mecanismos de financiamiento en condiciones concesionarias del Banco Africano de Desarrollo, el BAsD y el Banco Mundial han recibido importantes aumentos de fondos a través de las recientes reposiciones de recursos. Asimismo, el alivio de la deuda suministrado a través de la Iniciativa para los países pobres muy endeudados (PPME) y la Iniciativa para el alivio de la deuda multilateral (IADM) ha aumentado el espacio fiscal de muchos países pobres. Sin embargo, las mayores necesidades de financiamiento de los países de ingreso bajo fuertemente afectados por la crisis pondrá a prueba la suficiencia de los recursos disponibles. Una de las necesidades inmediatas es que los donantes cumplan las promesas que han hecho a los servicios de financiamiento en condiciones concesionarias de los BMD y a la IADM.

Asimismo, los BMD deberán examinar los instrumentos de financiamiento existentes y las restricciones a la utilización del capital para poder responder con mayor flexibilidad y ampliar el uso del capital. Entre los aspectos que pueden estudiarse cabe señalar el aumento de los límites de financiamiento a cada país; el incremento de los límites de la proporción de financiamiento de rápido desembolso; los compromisos de concentrar los desembolsos al principio del período; la aceleración de los desembolsos de los proyectos existentes, y la autorización para que los países de ingreso bajo puedan acceder a los mecanismos de financiamiento en condiciones no concesionarias asegurando al mismo tiempo la sostenibilidad de la deuda. La mayor demanda relacionada con la mitigación de riesgos y las alianzas públicoprivadas hará necesario aprovechar más plenamente los instrumentos de garantía así como la capacidad de movilización de recursos de las instituciones de los BMD que se ocupan del sector privado, como la IFC.

Evidentemente, la función de las IFI va más allá del financiamiento. Los conocimientos constituyen una ventaja comparativa fundamental de estas instituciones. Una de sus funciones cruciales, en el contexto de la actual crisis mundial, es proporcionar información que sirva de base para la adopción de políticas mediante un análisis de los efectos secundarios internacionales de las medidas de política que se adoptan a nivel nacional, y mostrar que los problemas están interrelacionados, además de subrayar la necesidad de garantizar que las respuestas nacionales sean congruentes con el bien mundial. En medio de las crecientes presiones para adoptar políticas aislacionistas, la función de las IFI resulta indispensable para advertir acerca de los riesgos que acarrearán el proteccionismo comercial y el mercantilismo financiero. Otra tarea fundamental será extraer lecciones de la crisis actual, sobre todo, aunque no exclusivamente, en el ámbito de la regulación financiera. El FMI tendrá un papel particularmente importante en mejorar la supervisión de los riesgos en los mercados financieros globalizados, en colaboración con un nuevo Consejo de Estabilidad Financiera.

La crisis ha subrayado la necesidad de reformar las IFI —a fin de alinear sus sistemas de gobierno con las realidades económicas actuales— y, en términos más generales, reconfigurar las instituciones internacionales del siglo XX para afrontar los desafíos mundiales del siglo XXI. Como reza un antiguo proverbio chino, una crisis es una oportunidad que cabalga en un viento peligroso. La crisis actual puede crear las condiciones para un nuevo multilateralismo que respalde una globalización sostenible e incluyente.

Fuente: Informe del Banco Mundial. Documento disponible en el sitio Web: <http://siteresources.worldbank.org>

2. EL IMPACTO DE CHINA EN EL FUTURO DE ASIA Y DEL MUNDO, POR XULIO RÍOS

Que la emergencia de China está cambiando el mundo a toda velocidad es una evidencia. También es verdad que se trata de un proceso que aún puede experimentar altibajos importantes y que, por lo tanto, no puede darse por concluido en modo alguno. Sea como fuere, su lugar y función en el sistema internacional dependerá de su evolución interna y de la actitud hacia ella de cada uno de los principales polos de poder mundial.

En igual sentido, el de China superpotencia, dándolo como un hecho inevitable, es uno de los vaticinios más reiterados de los últimos años. ¿Pudiera no llegar a serlo? Existen dudas al respecto, ya que las incertidumbres de la situación internacional y las fragilidades internas derivadas de su propio proceso son lo suficientemente graves como para fundamentar cierta cautela. De lo que no hay duda es que China está presente cada vez más en nuestras vidas. Simplemente ojeando la actualidad a lo largo de 2008, podemos comprobar su protagonismo informativo: la revuelta en Tíbet, los Juegos Olímpicos, el episodio de la leche contaminada, la detención de Hu Jia o el impacto de la crisis financiera, dan cuenta de la intensificación de las miradas hacia China, con variados y múltiples motivos.

Y no solo está cada día más presente, sino que el perfil de esa presencia también cambia velozmente. Si hasta hace poco, su imagen estaba asociada a los juguetes, a los textiles, a las tiendas todo-a-cien o a los restaurantes de comida china (cuya rápida proliferación algunos asociaron a la diversificación de riesgos de las triadas chinas ante la inminencia y irreversibilidad de la retrocesión de Hong Kong), ahora su perfil es otro y más complejo. China, por ejemplo, es una potencia espacial que a finales de septiembre último abordó su primer paseo estelar y sus objetivos para 2020 incluyen la creación de una estación autónoma y, quizás, pisar la Luna; en los deportes, hemos visto su medallero en Beijing, que consolida

los avances registrados en Atenas, universalizando algunas figuras como Yao Ming y algunos más; en lo tecnológico, sus pasos son cada vez más firmes, como hemos podido comprobar con la construcción de la vía férrea a Tibet, salvando complejas dificultades técnicas, o el impulso de su industria aeronáutica (China construye hoy los helicópteros ligeros más rápidos del mundo y la capacidad de sus aviones va en aumento). En el ámbito de la cultura, su proyección también es cada vez mayor y los Institutos Confucio alargan su presencia en todo el mundo acaparando la atención de numerosos gobiernos. Por último, ha pasado de ser país receptor de inversiones a ser también inversor en determinadas áreas como América Latina o África, si bien con un perfil ciertamente bajo (con un volumen inferior, por ejemplo, al aplicado por Taiwán).

Nada de esto es casual. Es fruto de un doble éxito. En primer lugar, económico, en virtud de esa tasa media de crecimiento del 9,8% a lo largo de treinta años, que la ha convertido en la cuarta economía del mundo. En 1979 exportaba por valor de 10.000 millones de dólares, mientras que en 2007 lo hacía por valor de 1,2 billones. Sus reservas de divisas equivalen a 1,9 billones, siendo las más importantes del mundo. Las estimaciones de diversos organismos la señalan ya como la primera potencia económica del mundo en apenas dos décadas más. No obstante, debiéramos tener en cuenta que el proceso aún está en sus comienzos pues la economía china representa aún la tercera parte de la economía japonesa y la octava parte de la estadounidense, si bien estos porcentajes habría que ponderarlos tanto en función de lo engañoso de las estadísticas chinas como de los efectos correctores de la actual crisis de la que saldrán inevitables ajustes. En cualquier caso, a China le queda aún mucho trecho para crecer y desarrollar al máximo sus potencialidades, un proceso que, culminado con éxito, derivará en una potencia de gran capacidad económica y productiva.

En segundo lugar, cabe hablar también de un éxito más global, de carácter sistémico. En efecto, a diferencia de los países del Este europeo que optaron por la terapia de shock como instrumento para llevar a cabo la transición de una economía planificada a otra de mercado, China eligió su propio camino, optando por el gradualismo, la experimentación y la visión estratégica. Con la excepción del pinchazo de 1989 (sucesos de Tiananmen), lo cierto es que la estabilidad ha presidido esta inmensa y delicada transformación. Además de esta crisis, la más visible y mediática, las sombras del proceso se manifiestan en otros dominios como los desequilibrios territoriales, las desigualdades sociales y el escaso avance en materia social, por ejemplo. En 2007, de un total de 177 países, China se encontraba en la posición 81 en el Índice de Desarrollo Humano del PNUD. Las desigualdades, por otra parte, constituyen una auténtica bomba de relojería. En 2007, el PIB per capita de Shangai era 13 veces mayor que el de la provincia de Guizhou, por ejemplo, que ya era 10 veces mayor en 2005 (las desigualdades aumentan a pesar de los esfuerzos por contenerlas). El coeficiente Gini de China se sitúa en el 0,48, un límite de riesgo que advierte de las profundas tensiones que habitan en su interior, ocultas en ese magma de prosperidad que nos ciega en el exterior. Por otra parte, entre el campo y la ciudad, las cifras oficiales constatan una diferencia de renta en 2007 de 4.140 yuanes frente a 13.786, datos que explican y justifican el malestar por el desigual reparto de la prosperidad generada en las tres últimas décadas y que ha disuelto de un plumazo el igualitarismo reinante en el periodo inmediatamente anterior.

A la hora de evaluar los impactos, no debemos perder de vista que el objetivo general del proceso de reformas que vive China presenta dos dimensiones clave. De una parte, sin vocación mesiánica de ningún tipo y afirmando su propia soberanía, explorar una vía singular al desarrollo (el socialismo con peculiaridades chinas), como intentara Mao en su día

alejándose de la URSS convencido como estaba de que no podía haber “dos soles en el cielo”. De otra, recuperar la grandeza perdida, objetivo que se expresa en dos variables. De una parte, el desarrollo; de otra, la soberanía. En cuanto al primero, la evolución del peso de China en el PIB mundial ilustra a las claras su decadencia y resurgimiento: 33% en 1820; 22% en 1870; 9% en 1913; 4% en 1950; 3,4% en 1980; 6% en 2007; 6,6% en 2008. Las guerras del opio simbolizan el ecuador de esa decadencia.

El empeño en la soberanía, que explica en cierta medida el auge del discurso nacionalista, tiene también dos dimensiones: hacia dentro y hacia fuera. Es decir, no solo se trata de recuperar la capacidad plena para decidir libremente y sin cortapisas sobre los asuntos globales o la gestión de sus intereses internacionales, sino también de recuperar el control sobre aquellos territorios que llegó a perder en virtud de su decadencia histórica. La unificación es, por ello, la otra cara, inseparable, de la modernización china, y sin ella, esta última nunca será completa. Consumada en relación a Hong Kong (1997) y Macao (1999), queda pendiente la isla de Taiwán, inmersa en un proceso de acercamiento fluido en lo económico, pero limitado en lo político ante las insuficiencias de la fórmula “un país, dos sistemas”, núcleo duro de la posición continental. Estamos ante una diferencia importante respecto a los procesos vividos en los países del socialismo real, donde el cambio de modelo llevó aparejado en numerosos casos la desmembración territorial, ya que en China, por el contrario, esa transformación se desarrolla en paralelo a un proceso de afirmación de su soberanía y de recuperación de buena parte de su dimensión histórico-territorial.

Estos objetivos se traducen, en lo económico, en el programa de las llamadas cuatro modernizaciones (industria, agricultura, defensa, ciencia y tecnología), y en lo político, en la reiteración de los cuatro principios fundamentales (perseverancia en el socialismo, dictadura del proletariado, dirección por el Partido Comunista y vigencia del marxismoleninismo pensamiento Mao Zedong), formulados por Deng Xiaoping para evitar la deriva capitalista del proceso modernizador. En realidad, de las cuatro modernizaciones ya se hablaba en 1964, durante la etapa conocida como de “restauración burocrática”, el periodo intermedio entre el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, con Mao marginado del poder, Liu Shaoqi en la presidencia de la República y Deng Xiaoping al frente de la secretaría general del PCCh. Liu Shaoqi, el auténtico ideólogo y cabecilla de la “línea negra”, acabó falleciendo en la cárcel en 1968. Recientemente, la actual cúpula china le homenajeó en pleno con motivo de cumplirse el 110 aniversario de su nacimiento.

El logro de los objetivos finales y el nivel de impacto global de este proceso va a depender de la gestión de una agenda cuyos contenidos principales hoy día y a futuro (básicamente en los próximos diez años, que conformarán una década decisiva) podríamos resumir de la siguiente forma. En lo económico, dos son las preocupaciones fundamentales. De una parte, el cambio en el modelo de desarrollo; de otra, la reducción de los desequilibrios y las desigualdades. En cuanto a lo primero, cabe señalar que China ambiciona ser algo más que el taller del mundo. Su modelo de crecimiento se ha basado en tres claves principales: inversión exterior, mano de obra barata y orientación de la producción hacia la exportación. Ese modelo ha llevado consigo importantes costes que han sido despreciados y, además, si China ambiciona ser una potencia global, debe incorporar a su modelo claves indispensables como el factor ambiental, el tecnológico, el uso racional de la energía, la potenciación del mercado interior, el impulso al campo, etc., elementos que en efecto están presentes en la caracterización de ese nuevo modelo y que le permitirían superar buena parte de las fragilidades del presente. La actual crisis financiera extrema la urgencia de este proceso, pues los efectos se centran en las

exportaciones, sector inmobiliario, etc., afectando al empleo de forma ostensible (en Shenzhen o en Pudong, se habla ya de varios millones de desempleados). Estas circunstancias aconsejan la aceleración de esta transformación, proceso complicado en una economía de las dimensiones chinas. En cuanto al segundo elemento, la intensidad de las desigualdades y desequilibrios que ha generado el actual proceso de transformación son bien conocidas y se concretan en abismales diferencias de desarrollo entre el este y el oeste del país, con la consiguiente pérdida de cohesión territorial que exigirá grandes esfuerzos para ser corregida. En lo social, la deconstrucción parece haber tocado fondo. En 2006, se han planteado numerosos objetivos a alcanzar en el orden de la salud, la educación, la seguridad social, la legislación laboral, los servicios básicos a la población, etc., a sabiendas de que el crecimiento a cualquier precio no puede ser ya la señal de identidad del proceso chino. Al igual que la atención al factor ambiental, la sociedad armoniosa proclamada por Hu Jintao exige que las desigualdades dejen de crecer. El objetivo del gobierno es completar la red de seguridad social en 2012 y algo calificable como estado social en 2049. La crisis actual y sus efectos sobre el empleo y las capas más desfavorecidas, entre ellas la población flotante, exige una profundización de las medidas de esta naturaleza.

En lo político, la capacidad para democratizar las relaciones sociales y ampliar la esfera de los derechos cívicos decidirá el futuro del PCCh, obsesivamente preocupado por la estabilidad y con miedo creciente al bloqueo político, encarado siempre cabalgando a medio camino entre el post-maoísmo y el retro-maoísmo, entre la innovación y el conservadurismo. La democracia ha sido el asunto central del XVII Congreso del PCCh celebrado en octubre de 2007 y todo indica que su apuesta se orientará a la reforma y profundización del actual modelo sin apostar por un cambio que ponga en cuestión sus vértices esenciales: el papel del PCCh, la negación del pluralismo, la supeditación de las estructuras básicas del sistema (justicia, ejército, los medios de comunicación, etc.) a su política sin arbitrar una efectiva separación entre Estado y Partido. La corrupción, gran asignatura pendiente, seguirá ensombreciendo el gobierno de la virtud predicado por un PCCh que dosifica los escándalos y la severidad en función de sus intereses, pero sin capacidad (¿ni interés?) efectiva para reducir sus elevados niveles en la sociedad china.

En el orden político también se debe prestar atención a los problemas de naturaleza territorial. De una parte, las relaciones con Taiwán que con Hu Jintao han entrado en un nuevo tiempo, favorecido por la elección de Ma Ying-jeou, del KMT (Kuomintang), con quien el PCCh ha establecido una política de cooperación bilateral en 2005 que está dando frutos importantes. El espacio internacional de Taipei y la defensa son aspectos que sintetizarán la evolución de una relación que en lo económico crece a ritmo vertiginoso. La normalización de los intercambios, que ya son directos, y el tratado de paz, junto a la posible participación de Taiwán como país observador en la OMS (Organización Mundial de la Salud) pueden marcar un rumbo de distensión notable que será fiscalizado de forma permanente y exhaustiva por una oposición que no dará su brazo a torcer.

Por lo que se refiere a las tensiones con las nacionalidades minoritarias, fundamentalmente en Tibet y en Xingjiang, la política del gobierno central se basa en la doble convicción de que puede dominar el factor religioso y que el desarrollo, liderado por la comunidad han presente en dichos territorios, acabará por vencer el nacionalismo irredento, circunstancias ambas de difícil cumplimiento. El fracaso de las negociaciones con el Dalai Lama y el repunte de la violencia en Xingjiang aventuran escenarios de conflicto que seguirán pasando factura a esa negativa a reformar un modelo autonómico, claramente formalista e insuficiente para avanzar

en la generalización de fórmulas descentralizadoras y de autogobierno leal. Por último, cabe citar las tensiones territoriales entre el gobierno central y los poderes provinciales y locales, cuyas prioridades y políticas, muy influenciadas por una corrupción largamente extendida, no siempre coinciden con las del poder central y amenazan con desestabilizar la política general del país. Así, pues, los factores ligados a la arquitectura político-institucional constituyen un factor de proyección política notable que puede incidir de forma sustancial en la democratización de la política china.

En las relaciones con el exterior, cabe hablar, en primer lugar, de una gran ruptura histórica. China fue durante quince siglos el centro del mundo, pero viviendo de espaldas a él. Esa fue, sin lugar a dudas, una de las causas principales de su decadencia.

La China de hoy, la misma que puede volver a ocupar una posición central en el sistema internacional del siglo XXI, ya no puede (ni quiere) vivir de espaldas al mundo, lo cual simboliza un cambio de gran calado histórico. Esa dimensión exterior supone, en realidad, el hecho más novedoso de la reforma china iniciada en 1978 y está presente ya en el planteamiento inicial. No olvidemos que la reforma nace con la creación de las zonas económicas especiales (Shenzhen, Zhuhai, Xiamen...), en el entorno de los territorios a “recuperar” (Hong Kong, Macao, Taiwán), con la ambición de captar capitales, tecnologías y experiencias avanzadas de administración. Otro cambio importante en esta perspectiva de relación interdependiente con el exterior es el que se produce en 1994, cuando China se convierte en un país importador de petróleo (hoy ocupa la segunda posición del ranking mundial a este nivel), al igual que 2001, cuando ingresa en la Organización Mundial del Comercio. Hoy China está presente en África, en América Latina, y lo está cada vez con mayor peso e influencia, aunque muy por debajo de sus reales posibilidades con el propósito consciente de no desatar inquietudes incontroladas en sus rivales estratégicos. Sus relaciones con Rusia, EEUU, Japón, la UE o India se han fortalecido en los últimos años. Su presencia en las crisis (ya hablemos de Corea del Norte o Irán) es cada vez más determinante y cabe imaginar que irá en aumento.

Todo ello se refleja en una diplomacia en permanente evolución en la que aún pesan lo suyo las cautelas sugeridas en su día por Deng Xiaoping (“no portar la bandera ni encabezar la ola”) que en tantos despierta recelos sobre su ambigüedad y les pone en alerta ante la opacidad de sus intenciones reales. De la emergencia pacífica al desarrollo pacífico, de la multipolaridad al multilateralismo, el “mundo armonioso” que propone Hu Jintao se basa en el diálogo y en la búsqueda del acuerdo, una reflexión y una política que hoy se basa en la certeza de que su principal factor de proyección es la economía y no la defensa, pero ganando esta cada vez mayor significación a la vista de que sus intereses abarcan cada vez más escenarios situados fuera de su territorio.

La percepción exterior sobre el rumbo que China pueda seguir en los próximos años dependerá, en lo esencial, de la evolución de cuatro factores principales: el grado de agresividad que llegue a manifestar en sus decisiones en materia de política exterior energética y de acceso a las materias primas; el grado de agresividad de sus multinacionales en el mercado global (a lo largo de 2009, con tantas empresas occidentales en situación desventajosa, se podrá observar el comportamiento chino en su política de adquisiciones); la identidad de su política en materia de defensa, en la que apostará cada vez más fuerte, haciendo hincapié en las armas anti-satélite, las comunicaciones, los misiles, la armada ...; y la moderación o agresividad de su política global expresada en términos de cooperación o no con terceros, en especial, en situaciones de crisis. A este respecto, tanto en la crisis asiática de

1997 como en la actual, cabe destacar su actitud constructiva, al igual que la voluntad expresada en la gestión de sus litigios territoriales en los que promueve acuerdos de gestión respecto de los asuntos en los que existe entendimiento mientras deja a un lado (¿para cuando sea más fuerte?) los elementos de discrepancia.

Para Estados Unidos, China es, en primer lugar, un mercado y un socio económico parcial pero también una amenaza para algunos de sus sectores productivos (agricultura, textil, siderurgia, automóvil, etc.). También es un competidor por los recursos energéticos y materias primas, además de un peligro potencial en relación a países aliados como Taiwán. Washington se juega con China la supremacía global y ello explica su preocupación por su proyección estratégica en ámbitos como las armas antisatélites (alertado por la destrucción de un satélite con un misil en enero de 2007) o sus capacidades espaciales. A EEUU le interesa una integración económica de China que no cuestione su liderazgo, fomentando, en paralelo, el estrechamiento de sus vínculos con Japón, Taiwán, Australia, India, e incluso con Rusia. A China, por el contrario, le interesa el afianzamiento de un sistema multilateral que limite la actual libertad de movimientos de Washington obligándole a depender de él.

En cuanto a Japón, China es su socio económico número uno, pero las sombras de su relación son muchas y espesas. Es, en primer lugar, un competidor regional de primer orden y una amenaza tanto respecto a su aprovisionamiento energético como en relación a Taiwán. China, muy interesada en acceder a las capacidades tecnológicas de Tokio, impide el acceso de Japón al Consejo de Seguridad de la ONU utilizando como argumento, entre otros, una responsabilidad histórica (armas químicas, trabajo forzoso, esclavas sexuales, etc.) que no acaba de asumir (visitas al templo Yasukuni). Además, ambos países mantienen litigios territoriales (Diaoyu/Senkaku). La inestabilidad de la política japonesa (con tres primeros ministros desde septiembre de 2006) tiene su traducción en la política hacia China: más condescendiente con Shinzo Abe, más complaciente con Tasuo Fukuda, más distante con Taro Aso. El debate acerca de la “asiatización” de sus políticas, el entendimiento bilateral y la reducción de las dependencias con respecto a EEUU (hacer de Japón un país “normal” como señalaba Abe) condiciona la evolución de sus relaciones.

Por lo que a Rusia se refiere, China es, ante todo, un cliente energético importante (reforzado recientemente con el acuerdo para llevar petróleo ruso al campo de Daqing, logrado durante la visita de Wen Jiabao a Moscú en este mes de noviembre). Esa relación, que en lo económico ha crecido mucho en los últimos años pero que aún se mantiene en niveles muy mejorables, adquiere en lo político los perfiles de una alianza frente a Washington que bien pudiera ser coyuntural y condicionada por la convergencia de sus intereses en áreas clave. Frente a la amenaza demográfica que supone la China superpoblada frente a una Siberia rusa en claro retroceso poblacional, la Organización de Cooperación de Shanghai les ha permitido unir fuerzas para blindar Asia Central frente a la penetración estadounidense que ha seguido a los sucesos del 11-S (2001).

En cuanto a la Unión Europea, China es para Bruselas un importante mercado y también un socio económico con sectores en situación de riesgo y conflicto. Competidores ambos por el acceso a determinados recursos básicos, a China le interesa su modelo social, pero el diálogo político, que había sido el símbolo principal de esa relación, se ha visto seriamente dañado en los últimos tiempos, en primer lugar, en virtud de la decepción china por la actitud europea en asuntos como el levantamiento del embargo de armas impuesto a raíz de los sucesos de Tiananmen (1989), muy enfeudada a los intereses de Washington, y, en segundo lugar, por la decepción europea tanto ante la falta de avances y resultados de ese diálogo como a su

subalternización en relación a EEUU, que China ha privilegiado de forma absolutamente clara ante la complejidad de su entendimiento con una Europa prácticamente inexistente en política exterior.

Los escenarios que en su conjunto puede configurar la evolución de tan complejo marco de relaciones cruzadas podrían resumirse del siguiente modo. En primer lugar, la emergencia pacífica, tesis defendida por China y según la cual, las rivalidades suscitadas por su crecimiento estarían controladas, facilitando una integración global y cooperativa, con un diálogo permanente con EEUU y demás potencias significativas.

En segundo lugar, una multipolaridad inestable y competitiva, basada en la activación de la inquietud global derivada del creciente aumento de la influencia de China que persigue sus objetivos en solitario y sin hacer concesiones de valor a terceros. Sin aliados claros, China tampoco tendría que lidiar con alianzas estables frente a ella.

En tercer lugar, la búsqueda del liderazgo por parte de China, acentuando el objetivo de la supremacía, originando tensiones abiertas con EEUU, Japón, India o Rusia, provocando una progresiva división en campos de influencia que tanto podría afectar al escenario asiático como al conjunto del planeta.

En último lugar, el enfrentamiento abierto que podría darse, básicamente, con EEUU y, fundamentalmente, por causa del conflicto con Taiwán si el actual entendimiento llega a naufragar, aunque también podría presentar otras ramificaciones en escenarios más periféricos. China dice apostar por la primera hipótesis.

La más probable es una síntesis del primer y segundo escenario, pero no deben descartarse otros en un tiempo internacional tan fluido. El nivel y la intensidad del diálogo con EEUU y Japón serán claves para facilitar esa nueva configuración del poder planetario, haciendo un hueco a un protagonista de las dimensiones de China.

Fuente: Xulio Ríos es director del Observatorio de la Política China. Documento disponible en el sitio Web: <http://politica-china.org>

3. LA DECLARACIÓN DE LA V CUMBRE DE LAS AMÉRICAS, POR PATRICK MANNING

En mi calidad de Presidente de la Quinta Cumbre de las Américas deseo manifestarles que estoy sumamente complacido por la manera en que se llevaron a cabo las deliberaciones en las sesiones plenarias del día de ayer y nuevamente esta mañana durante el Retiro de los Líderes. Desde que Trinidad y Tobago asumió el liderazgo del Proceso de Cumbre de las Américas, hizo un llamado, en forma sostenida, para incrementar la cooperación, la integración y la solidaridad entre nuestras naciones, como un vehículo esencial para asegurar la paz, la seguridad y la prosperidad de todos los pueblos de las Américas. Esta Cumbre constituye un hito histórico para nosotros aquí en Trinidad y Tobago y para toda la región de la CARICOM en general, y ha excedido en gran medida todas nuestras expectativas.

La Cumbre de Puerto España se caracterizó por el respeto mutuo y un deseo genuino y pujante por trabajar juntos para encontrar soluciones a los numerosos desafíos que enfrenta el Hemisferio. Varios líderes han manifestado que la Cumbre de Puerto España marca un punto crucial de las relaciones interamericanas y para forjar una comunidad de naciones más sólida.

América Latina y el Caribe se encuentran ahora en una fase diferente de sus relaciones, entre ellos y con los Estados Unidos de América. Con el cambiante entorno político los términos de compromiso han cambiado y son el resultado de una postura totalmente diferente que se basa

en el respeto mutuo y la igualdad entre socios. Los líderes del Hemisferio acordaron que ahora tenemos una verdadera oportunidad para plantear las relaciones interamericanas sobre una base totalmente nueva en la que todos los países, grandes o pequeños, desarrollados o en desarrollo, somos socios en condiciones de igualdad. Esta relación debe ser construida sobre la base de una nueva visión y de una estrategia de desarrollo centrada en el ser humano.

Las deliberaciones que llevamos a cabo durante el último día y medio estuvo centrada en los tres pilares principales de la Declaración de Compromiso de Puerto España: prosperidad humana, seguridad energética y sostenibilidad ambiental.

Las deliberaciones estuvieron también focalizadas en la reintegración de Cuba al sistema interamericano y en el desarrollo de respuestas pertinentes para la actual crisis financiera mundial.

Reintegración de Cuba al sistema interamericano

Varios Presidentes y Primeros Ministros hicieron un llamamiento a dar fin a la exclusión de Cuba del proceso de Cumbres y del sistema interamericano. Hubo un claro consenso en que la reintegración de Cuba al ámbito de las relaciones interamericanas es un paso esencial para que las Américas sean más coherentes e integradas. La posición muy abierta y conciliatoria del Presidente Obama y de otros líderes que participaron en la Cumbre ha aumentado el optimismo para que Cuba participe plenamente en los asuntos hemisféricos en un futuro no demasiado distante. El Gobierno de Trinidad y Tobago aguarda el día en que Cuba sea plenamente acogida en el seno de la familia interamericana.

Crisis financiera mundial

En el momento en que se celebra esta Quinta Cumbre la economía mundial enfrenta una severa crisis financiera, la cual ha provocado una amplia depresión económica mundial. Las estadísticas de economía difundidas por el Fondo Monetario Internacional en enero de 2009 indican que la economía mundial creció apenas el 0,5 por ciento en 2008, y que se espera que en 2009, registre por primera vez en 60 años un índice de crecimiento negativo.

Si bien las economías del Hemisferio Occidental mejoraron mucho más en 2008, creciendo un promedio del 4,8 por ciento, se espera que el crecimiento económico disminuya notoriamente en 2009, a aproximadamente el 1,0 por ciento.

Los países de las Américas se enfrentan ahora a reducciones mayores que las previstas, de los valores y volúmenes de sus exportaciones, las restricciones al acceso al financiamiento del comercio, dificultades para acceder a otros tipos de financiamiento externo y la reducción de las remesas de los trabajadores migrantes. La depresión económica actual ha deprimido los precios de los productos básicos, ha inhibido el crecimiento de las inversiones, debilitado los mercados de trabajo y disminuido la confianza de los empresarios y los consumidores.

Los países tampoco son inmunes a las consecuencias sociales negativas de la actual crisis mundial, la cual amenaza socavar los logros duramente ganados durante las últimas dos décadas. Las consecuencias sociales son probablemente muy significativas. Muchas personas pierden su trabajo y se ven forzadas a sumergirse nuevamente en la pobreza.

El impacto en las economías más pequeñas ha sido aún más pronunciado. Una crisis prolongada creará severos problemas económicos y sociales en estas economías vulnerables y podrá apartarlas del camino hacia el desarrollo sostenible sobre el cual han estado trabajando tan asiduamente para alcanzarlo.

En el contexto de la actual contracción económica, asegurar el desarrollo sostenible para todos los pueblos de las Américas requiere que se adopte una renovada visión sobre los compromisos asumidos en la Declaración de Doha, la Declaración del Milenio, el Consenso de Monterrey y la Cumbre Mundial de 2005.

Muchos países han adoptado varias medidas para mitigar el impacto de la crisis y mantener la estabilidad macroeconómica, incluyendo planes de estímulo financiero, recortes impositivos, mantenimiento de la liquidez de los mercados financieros y reducción de las tasas de interés. Sin embargo, es preciso administrar cuidadosamente el alcance de esta ayuda para no limitar el espacio fiscal en el futuro. Ahora se necesita una mayor armonización de la política monetaria y fiscal.

No obstante los esfuerzos individuales, la crisis requiere una respuesta global concertada y coordinada. Las acciones unilaterales aisladas no serán efectivas. Es necesario forjar más lazos económicos y comerciales entre los países de las Américas, restaurar los flujos de crédito para financiar el comercio internacional y detener la caída abrupta de las exportaciones.

Los países desarrollados también tienen la importante tarea de abordar las debilidades de sus sistemas financieros, a fin de restaurar la confianza en los mercados.

La decisión adoptada en la recientemente concluida Cumbre de Londres de canalizar mediante instituciones financieras internacionales 1.100 billones de dólares para restaurar el crédito, fomentar el comercio y apoyar el empleo y el crecimiento de la economía global constituye un paso en la dirección correcta. Es preciso impulsar este paquete cuanto antes. Y si bien la asignación de recursos al FMI resulta positiva, no es más que una medida básica. También es necesario priorizar la revisión de los requisitos de capital de las otras instituciones multilaterales y el apoyo de varias iniciativas para mejorar la liquidez.

El Banco Interamericano de Desarrollo y otras instituciones financieras deben utilizar sus respectivas ventajas competitivas y recursos financieros para cumplir con más dinamismo sus mandatos sobre reducción de la pobreza y desarrollo sostenible. Los líderes consideraron que la recapitalización del Banco Interamericano de Desarrollo constituye uno de los asuntos que requiere acción inmediata.

El reconocimiento de la dimensión humana de la crisis y la posibilidad de incluir consideraciones ambientales en los planes de estímulo financiero demuestra que, a pesar de las apremiantes demandas en el corto plazo, los líderes de la Cumbre del G20 no han olvidado las consecuencias en el largo plazo. Resulta positivo que, en medio de la turbulencia económica, se haya reafirmado el compromiso de afrontar el desafío del cambio climático y sus irreversibles consecuencias.

Todos los gobiernos tienen una importante función que cumplir en el sistema financiero y económico que se ha tornado global e interdependiente, y deberán aplicar estructuras fiscalizadoras robustas y efectivas para mejorar la estabilidad de los sistemas financieros nacionales y regionales.

Para prevenir futuras crisis financieras, también se requiere una mayor participación de los países emergentes y pequeños del Hemisferio Occidental en la rehabilitación de las estructuras, mercados y sistemas fiscalizadores mundiales. Los países pequeños tienen un interés legítimo en la exportación responsable y transparente, pero competitiva, de servicios internacionales.

En lo posible, los estímulos deben apoyar el crecimiento y el desarrollo económico y sostenible a fin de promover la prosperidad humana, la seguridad energética y la sostenibilidad ambiental.

Declaración de Compromiso de Puerto España

La Declaración de Compromiso de Puerto España, que fue el documento negociado durante los pasados seis meses por 34 países, esboza medidas a adoptar en el plano técnico con el objeto de asegurar el futuro de nuestros ciudadanos. La Declaración hace amplia referencia a la crisis financiera pero, como tal, no aborda en detalle medidas específicas. El tema de la crisis económica debe abordarse con mucho cuidado y, por lo tanto, los ministros de economía del Hemisferio Occidental, que se reunirán en Chile en el mes de julio, deberán analizar la crisis en mayor detalle tomando en cuenta los resultados de la reunión del G20 en Londres, y definir con claridad las medidas prácticas que deberán adoptar todos los países.

Durante el Retiro de los Líderes se acordó que el Presidente de la Quinta Cumbre de las Américas firmaría la declaración como aprobada por todos los Jefes de Estado y de Gobierno que asistieron a la Cumbre.

Si bien algunos países presentaron reservas sobre aspectos particulares de la Declaración, los líderes quisieron enviar una fuerte señal de solidaridad y cooperación. La visión colectiva fue que la Quinta Cumbre ha sido un gran éxito, caracterizado por un extraordinario espíritu de apertura y buena voluntad y que anuncia el comienzo de una nueva etapa en las relaciones interamericanas.

Haití

En el mismo espíritu de cooperación, los líderes reiteraron su compromiso de apoyar a Haití y acordaron que el tema de la financiación de programas de desarrollo se abordaría en la Asamblea General de la OEA que se celebrará en San Pedro Sula, Honduras, el próximo mes de junio.

Fuente: Patrick Manning, Presidente de la Quinta Cumbre de las Américas y Primer Ministro de la República de Trinidad y Tobago. Declaración disponible en el sitio Web: <http://www.summit-americas.org/>

4. INTRODUCCIÓN DE PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL E INFORME SOBRE LA ESTABILIDAD FINANCIERA MUNDIAL, POR OLIVIER BLANCHARD & JOSÉ VIÑALS

Se proyecta que la actividad económica mundial sufrirá una contracción de 1,3% en 2009, a pesar de las enérgicas medidas tomadas para restablecer la salud del sector financiero y el uso continuo de mecanismos de política macroeconómica para apoyar la demanda agregada. Es decir que esta sería, por un amplio margen, la recesión más profunda desde la segunda guerra mundial. Además, la desaceleración es de carácter verdaderamente mundial; según las proyecciones, el producto per cápita se contraerá en los países que representan las tres cuartas partes de la economía mundial. El crecimiento retornará en 2010, pero solo a un nivel de 1,9%, que sería flojo en comparación con otras recuperaciones.

Las proyecciones están basadas en la hipótesis de que la estabilización del mercado financiero tomará mucho más tiempo de lo que se había previsto, aun pese a los vigorosos esfuerzos desplegados por las autoridades. Por lo tanto, se proyecta que las condiciones en los mercados maduros mejorarán lentamente, en la medida en que se disipen las preocupaciones de insolvencia conforme vaya aclarándose la situación de las pérdidas por activos de mala calidad

y de las inyecciones de capital público, y en que disminuyan los riesgos de contraparte y la volatilidad. En la edición de abril de 2009 de Global Financial Stability Report (GFSR) (informe sobre la estabilidad financiera mundial) se estima, en función de varios supuestos, que las rebajas contables aplicadas desde el inicio de la crisis a todas las tenencias de activos originados en Estados Unidos equivaldrán en total a US\$2,7 billones, frente a los US\$2,2 billones estimados en la actualización de GFSR en enero de 2009. Si se incluyen los activos originados en otros mercados maduros, el total de rebajas contables podría ascender a US\$4 billones en los próximos dos años, de los cuales aproximadamente dos tercios serían absorbidos por los bancos. Por lo tanto, según las previsiones, el crédito global al sector privado de las economías avanzadas se reducirá en 2009 y 2010. Debido a las agudas tensiones en los mercados maduros y la concentración de estas en el sistema bancario, los flujos de capital a las economías emergentes permanecerán en niveles muy bajos.

Las proyecciones además suponen un fuerte y continuo apoyo mediante políticas macroeconómicas. Se prevé que las tasas de interés de política monetaria bajarán o permanecerán cercanas al límite de cero en las principales economías avanzadas, mientras los bancos centrales siguen buscando estrategias no convencionales que les permitan aprovechar el tamaño y la composición de sus balances para relajar las condiciones de crédito y proporcionar liquidez. Los déficits fiscales se ampliarán considerablemente en las economías avanzadas y emergentes, ya que se supone que se permitirá la activación de los estabilizadores automáticos y que los gobiernos de los países del G-20 pondrán en marcha planes de estímulo fiscal por montos equivalentes al 2% del PIB en 2009 y el 1½% del PIB en 2010¹.

Las perspectivas actuales son excepcionalmente inciertas, con riesgos aún inclinados a la baja. Una de las mayores preocupaciones es la posibilidad de que las políticas no sean suficientes para romper el círculo vicioso de repercusiones negativas entre el deterioro de las condiciones financieras y el debilitamiento de las economías, en vista del limitado respaldo público a favor de la toma de medidas.

Desafío en materia de políticas

Las difíciles e inciertas perspectivas justifican que se sigan tomando enérgicas medidas de política en los ámbitos financiero y macroeconómico para crear condiciones que permitan un retorno al crecimiento sostenido. Si bien las políticas tienen que centrarse en las necesidades nacionales, se precisa una mayor cooperación internacional para no exacerbar las tensiones transnacionales. Hay que aprovechar el ímpetu generado en la cumbre del G-20 celebrada en Londres en abril para destacar lo importantes que resultan la coordinación y colaboración en torno a las políticas financieras a la hora de impedir que las medidas tomadas en un país tengan efectos secundarios en otros países. Al mismo tiempo, el apoyo internacional — incluidos los recursos adicionales que se están poniendo a disposición del FMI— puede ayudar los países a amortiguar el impacto de la crisis financiera en la actividad real y a limitar las repercusiones en la pobreza, sobre todo en las economías en desarrollo.

Reparar los sectores financieros

La principal prioridad en materia de políticas para garantizar una recuperación económica perdurable es el restablecimiento de la salud del sector financiero. Las tres prioridades

¹ El Grupo de los Veinte está integrado por 19 países (Alemania, Arabia Saudita, Argentina, Australia, Brasil, Canadá, China, Corea del Sur, Estados Unidos, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, México, el Reino Unido, Rusia, Sudáfrica y Turquía) y la Unión Europea.

consignadas en ediciones anteriores de GFSR siguen siendo válidas: 1) garantizar que las instituciones financieras tengan acceso a la liquidez, 2) identificar los activos problemáticos y resolver su situación y 3) recapitalizar las instituciones débiles pero viables y resolver la situación de las instituciones quebradas.

La piedra angular de una solución duradera tiene que ser un reconocimiento creíble de las pérdidas derivadas de los activos deteriorados. A tales efectos, los gobiernos tienen que adoptar metodologías básicas comunes para valorar de forma realista y previsoramente los instrumentos de crédito titulizados. El problema de los activos de mala calidad puede solucionarse por diversos métodos, siempre que estos cuenten con un financiamiento adecuado y se ejecuten de manera transparente.

La recapitalización de los bancos tiene que basarse en un examen minucioso de la viabilidad futura de las instituciones, teniendo en cuenta las rebajas contables del valor de los activos aplicadas hasta la fecha y una evaluación realista de la posibilidad de que se apliquen nuevas rebajas. Los supervisores evaluarán las necesidades de recapitalización de cada uno de los bancos, por lo que tendrán que comprobar la calidad del capital de las instituciones y la solidez de sus fuentes de financiamiento, sus planes de operaciones y sus procesos de gestión del riesgo, la prudencia de las políticas de remuneración y la solidez de las políticas de administración. Las instituciones financieras viables que no están suficientemente capitalizadas tienen que ser reestructuradas sin demora, lo que puede implicar períodos transitorios de control público hasta que surja una solución del sector privado. En el caso de las instituciones no viables, la intervención tiene que ser inmediata, y puede implicar cierres o fusiones. En general, el apoyo estatal al sector financiero debe ser temporal, y ha de retirarse tan pronto sea posible. La cuantía de los fondos públicos necesarios probablemente será considerable, pero las necesidades tenderán a ser más onerosas cuanto más se postergue la solución.

En las economías emergentes también será necesario desplegar amplios esfuerzos para abordar las tensiones financieras en los sectores bancario y empresarial. Quizás esté justificado el suministro de apoyo público directo para los préstamos a empresas. Algunos países también han extendido las garantías públicas de deuda bancaria al sector de las empresas, y han apoyado el financiamiento del comercio con mecanismos de respaldo. Además, los planes para contingencias deben elaborarse teniendo en cuenta la posibilidad de una reestructuración a gran escala en el caso de que las circunstancias se deterioren aún más.

Apoyar la demanda agregada

En las economías avanzadas el margen de maniobra restante de la política monetaria debe usarse decisivamente para apoyar la demanda y contrarrestar los riesgos de deflación.

Dado que está prácticamente agotado el margen para seguir bajando las tasas de interés, los bancos centrales tendrán que seguir buscando medidas menos convencionales, basadas en el tamaño y la composición de sus propios balances, para incentivar la intermediación del crédito.

Las economías emergentes también tienen que relajar las condiciones monetarias en respuesta al deterioro de las perspectivas. Sin embargo, en muchas de esas economías la tarea del banco central se ve aún más complicada por la necesidad de preservar la estabilidad externa en un entorno de flujos de financiamiento muy frágiles y descalces de los balances debidos al endeudamiento interno en monedas extranjeras. Por lo tanto, si bien han bajado las tasas de interés a raíz de la desaceleración mundial, la mayoría de los bancos centrales de estas

economías han hecho bien en proceder con cautela para seguir incentivando las entradas de capital y evitar fluctuaciones desordenadas de los tipos de cambio.

En vista de la magnitud de la desaceleración y las limitaciones de las medidas de política monetaria, la política fiscal tiene que brindar un apoyo vital a corto plazo a la economía mundial. Los gobiernos han tomado medidas para proporcionar un estímulo sustancial en 2009; pero ahora se está viendo que el esfuerzo tendrá que prolongarse, si no incrementarse, por lo menos durante 2010, y los países que tengan margen de maniobra fiscal deben estar preparados para adoptar las nuevas medidas de estímulo que sean necesarias para apoyar la recuperación. No obstante, el margen para brindar apoyo fiscal se reducirá si estas medidas minan la credibilidad. En las economías avanzadas, la credibilidad depende de que se aborden los desafíos fiscales a mediano plazo relacionados con el envejecimiento de la población. Pese a ser considerables, los costos de la actual crisis financiera resultan insignificantes frente a los costos inminentes derivados del aumento del gasto público en seguridad social y salud para la tercera edad. También es conveniente elegir medidas de estímulo que fomenten al máximo el potencial de la economía a largo plazo, como el gasto en infraestructura. Una consideración importante es que, para aprovechar completamente las ventajas para la economía mundial, el estímulo fiscal tiene que ser un esfuerzo mancomunado entre los países que cuentan con margen de maniobra fiscal.

De cara a futuro, el desafío clave consistirá en calibrar el ritmo al que se deberán replegar las actuales medidas excepcionales de estímulo monetario y fiscal. Un repliegue muy apresurado podría truncar una recuperación que tenderá a ser frágil, pero una retirada muy lenta podría dar origen a nuevas burbujas de precios de los activos y a un desgaste de la credibilidad. En la actual coyuntura, la principal prioridad consiste en no retirar el estímulo prematuramente, y en formular y poner en marcha estrategias coherentes para esa retirada.

Descomprimir el financiamiento externo

El crecimiento de muchas economías emergentes y en desarrollo se está desacelerando drásticamente, y será esencial un financiamiento externo adecuado proveniente de fuentes oficiales para suavizar el ajuste y evitar una crisis externa. Junto con otros organismos, el FMI ya les está proporcionando financiamiento a varias de esas economías. El acuerdo del G-20 para incrementar los recursos del FMI ampliará ese apoyo.

Además, la nueva Línea de Crédito Flexible del FMI seguramente contribuirá a moderar el riesgo de una interrupción repentina de las entradas de capital y, junto con la reforma del marco de condicionalidad, a desplegar esos recursos adicionales con rapidez y eficacia cuando sea necesario. Desde el punto de vista de las economías más pobres, el apoyo suplementario de los donantes es esencial para que no peligren los importantes avances logrados en contra de la pobreza y en pro de la estabilidad financiera.

Desafíos en materia de políticas a mediano plazo

Las causas fundamentales de la falla del mercado que condujo a la actual crisis fueron el optimismo derivado de un largo período de crecimiento vigoroso y los niveles bajos y la volatilidad de las tasas de interés reales, además de una serie de fallas de las políticas. Estas fallas plantean importantes desafíos a mediano plazo para las autoridades. En cuanto a las políticas financieras, la tarea ahora consiste en ampliar y flexibilizar el perímetro de regulación para que abarque a todas las instituciones pertinentes desde el punto de vista sistémico. Además, hay que formular una estrategia macroprudencial tanto para la regulación como para la política monetaria. Es necesario reforzar la coordinación y colaboración

internacional en materia de políticas, por ejemplo, mejorando los sistemas de alerta anticipada y estableciendo una comunicación más abierta sobre los riesgos. Se debe evitar el proteccionismo comercial y financiero, y una rápida conclusión de la Ronda de Doha de negociaciones comerciales multilaterales revitalizará las perspectivas de crecimiento mundial.

Fuente: Olivier Blanchard & José Viñals, es Consejeros Económico y Financiero, respectivamente del Fondo Monetario Internacional (FMI), artículo disponible en el sitio Web: <http://www.imf.org>

5. DEVELOPING COUNTRIES AND THE GLOBAL CRISIS, POR JOSEPH E. STIGLITZ

This year is likely to be the worst for the global economy since World War II, with the World Bank estimating a decline of up to 2%. Even developing countries that did everything right – and had far better macroeconomic and regulatory policies than the United States did – are feeling the impact. Largely as a result of a precipitous fall in exports, China is likely to continue to grow, but at a much slower pace than the 11-12% annual growth of recent years. Unless something is done, the crisis will throw as many as 200 million additional people into poverty.

This global crisis requires a global response, but, unfortunately, responsibility for responding remains at the national level. Each country will try to design its stimulus package to maximize the impact on its own citizens – not the global impact. In assessing the size of the stimulus, countries will balance the cost to their own budgets with the benefits in terms of increased growth and employment for their own economies. Since some of the benefit (much of it in the case of small, open economies) will accrue to others, stimulus packages are likely to be smaller and more poorly designed than they otherwise would be, which is why a globally coordinated stimulus package is needed.

This is one of several important messages to emerge from a United Nations Experts Commission on the global economic crisis, which I chair – and which recently submitted its preliminary report to the UN.

The report supports many of the G-20 initiatives, but it urges stronger measures focused on developing countries. For instance, while it is recognized that almost all countries need to undertake stimulus measures (we're all Keynesians now), many developing countries do not have the resources to do so. Nor do existing international lending institutions.

But if we are to avoid winding up in another debt crisis, some, perhaps much, of the money will have to be given in grants. And, in the past, assistance has been accompanied by extensive “conditions,” some of which enforced contractionary monetary and fiscal policies – just the opposite of what is needed now – and imposed financial deregulation, which was among the root causes of the crisis.

In many parts of the world, there is a strong stigma associated with going to the International Monetary Fund, for obvious reasons. And there is dissatisfaction not just from borrowers, but also from potential suppliers of funds. The sources of liquid funds today are in Asia and the Middle East, but why should these countries contribute money to organizations in which their voice is limited and which have often pushed policies that are antithetical to their values and beliefs?

Many of the governance reforms proposed for the IMF and the World Bank – affecting, most obviously, how their heads are chosen – finally seem to be on the table. But the reform process

is slow, and the crisis will not wait. It is thus imperative that assistance be provided through a variety of channels, in addition to, or instead of, the IMF, including regional institutions. New lending facilities could be created, with governance structures more consonant with the twenty-first century. If this could be done quickly (which I think it could), such facilities could be an important channel for disbursing funds.

At their November 2008 summit the G-20 leaders strongly condemned protectionism and committed themselves not to engage in it. Unfortunately, a World Bank study notes that 17 of the 20 countries have actually undertaken new protectionist measures, most notably the US with the “buy American” provision included in its stimulus package.

But it has long been recognized that subsidies can be just as destructive as tariffs – and even less fair, since rich countries can better afford them. If there was ever a level playing field in the global economy, it no longer exists: the massive subsidies and bailouts provided by the US have changed everything, perhaps irreversibly.

Indeed, even firms in advanced industrial countries that have not received a subsidy are at an unfair advantage. They can undertake risks that others cannot, knowing that if they fail, they may be bailed out. While one can understand the domestic political imperatives that have led to subsidies and guarantees, developed countries need to recognize the global consequences, and provide compensatory assistance to developing countries.

One of the more important medium-term initiatives urged by the UN Commission is the creation of a global economic coordinating council, which would not only coordinate economic policy, but would also assess impending problems and institutional gaps. As the downturn deepens, several countries may, for example, face bankruptcy. But we still do not have an adequate framework for dealing with such problems.

And the US dollar reserve-currency system – the backbone of the current global financial system – is fraying. China has expressed concerns, and the head of its central bank has joined the UN Commission in calling for a new global reserve system. The UN Commission argues that addressing this old issue – raised more than 75 years ago by Keynes – is essential if we are to have a robust and stable recovery.

Such reforms will not occur overnight. But they will not occur ever unless work on them is begun now.

Fuente: Joseph E. Stiglitz es profesor de economía de la Universidad de Columbia y premio Nóbel de Economía 2001, artículo disponible en el sitio Web: <http://www.josephstiglitz.com/>



Tel: 591 2 2799673

Fax: 591 2117326

Calle 21 de Calacoto, Edificio Lydia, Piso 2 Of. 201

La Paz – Bolivia

Página Web: www.institutoprisma.org Correo electrónico: institutoprisma@gmail.com

Edición a cargo de Rodrigo Fernández Ortiz